

sura se oculta á las primeras miradas del viajero, que llega á sus costas, pues no ve mas que montañas inaccesibles y desiertas; pero estas montañas son unas barreras que la naturaleza opone al furor de los vientos, y defienden las llanuras y valles, que cubre con sus tesoros. Aquí es donde ostenta toda su magnificencia, donde las fuentes perenes de una agua viva y pura se reproducen bajo mil formas diversas, y se pierden los rebaños en la espesura de sus praderas. Allí, no lejos de las márgenes encantadoras del Biblino, maduran en paz aquellos higos excelentes, que Baco dió á conocer á los habitantes de la isla, y aquellos vinos célebres, que se prefieren á todos los demas. Los granados, almendros y olivos, se multiplican sin trabajo en aquellas campiñas cubiertas todos los años de cosechas abundantes; los esclavos siempre ocupados no cesan de amontonar aquellos tesoros, y los barcos sin número, no paran de llevarlos á países remotos.

A pesar de esta opulencia, los habitantes son valientes, generosos, y muy amantes de la libertad. Hace dos siglos, que habiendo llegado su república al mas alto punto de su grandeza, podia armar ocho mil hombres. Tuvo la gloria de resistir á los Persas antes de ser sometida, y de sacudir su yugo en el mismo instante en que iban á sojuzgar la Grecia. Juntas sus fuerzas ter-

restres y marítimas con las de los Griegos, se distinguieron en las batallas de Salamina y de Platea: pero al mismo tiempo advirtieron á los Atenenses que no dejasen crecer una potencia capaz ya de hacerles tan grandes servicios. Así es que, cuando despreciando los tratados, resolvió Atenas sujetar á sus antiguos aliados, dirigió sus primeros golpes contra el pueblo de Naxos, y no le dejó mas que la tranquila posesion de sus fiestas y juegos.

Preside en ella Baco: Baco protege á Naxos, y todo ofrece allí la imagen del beneficio y de la gratitud. Los habitantes se afanan por enseñar á los extrangeros el parage donde las Ninfas cuidaron de criarle. Refieren las maravillas que hizo con ellos; de él vienen las riquezas que tienen; por él solo humean dia y noche sus templos y sus altares. Aquí se dirigen sus homenajes al dios que les enseñó á cultivar la higuera; allá es al dios que llenó las vides de un nectar sacado del cielo. Adóranle bajo de muchos títulos, para multiplicar unos deberes, que les son tan gratos.

En las inmediaciones de Paros están Serifa, Sifnos y Melos. Para formar idea de la primera, imaginaos muchos montes escarpados y áridos, que no dejan, por decirlo así en sus intervalos, mas que abismos profundos, donde los hombres desventurados ven continuamente sus-

piensas sobre sus cabezas las rocas horribles, monumentos de la venganza de Perseo; porque segun cierta tradicion, tan ridicula como espantosa para los de Serifa, este heroe fué quien armado con la cabeza de Medusa, convirtió en otro tiempo á sus mayores en estos objetos horribles.

Concebid á una corta distancia de allí, y bajo un cielo siempre sereno, unas campiñas esmaltadas de flores, y cubiertas siempre de frutos; una mansion encantadora, donde el aire mas puro alarga la vida de los hombres mucho mas que lo ordinario, y tendreis una debil imagen de las bellezas que ofrece Sifnos. La tierra, cuyas entrañas habian abierto, les daba todos los años un tributo inmenso en plata y oro. El diezmo lo consagraban al Apolo de Delfos, y sus ofrendas formaban uno de los mas ricos tesoros de este templo. Andando el tiempo, cegó el mar embravecido aquellas minas perjudiciales, no quedándoles de su antigua opulencia mas que lamentos y vicios.

La isla de Melos es una de las mas fértiles del mar Egeo. El azufre y otros minerales escondidos en el seno de la tierra, conservan en ella un calor activo, y dan exquisito gusto á todas sus producciones.

El pueblo que la habita, era libre muchos siglos antes de la guerra del Peloponeso, en cuyo

tiempo quisieron los Atenenses sujetarle, y que renunciase la neutralidad que guardaba entre ellos y los Lacedemonios, de quienes traia su origen. Negóse á tal solicitud, lo que irritó tanto á los Atenenses, que le atacaron muchas veces; y aunque las mas fueron rechazados, al fin cargaron sobre Melos con todas las fuerzas de la república, quedando sujeta la isla, bien que la ignominia fué para los vencedores. Comenzaron estos la guerra por una injusticia, y la terminaron con un rasgo de barbarie, trasladando los vencidos á la Atica, y por el consejo de Alcibiades, quitaron la vida á todos los que eran aptos para las armas, quedando los demas entre cadenas hasta que el ejército de los Lacedemonios obligó á los Atenenses á enviarlos á Melos.

Un filósofo, nacido en esta isla, testigo de los males que la habian afligido, creyó que no teniendo los desgraciados esperanza por parte de los hombres, nada tenian que esperar con relacion á los dioses. Hablo de Diágoras, á quien deben los de Mantinea las leyes y la felicidad que gozan. Su imaginacion ardiente, despues de haberle arrojado en los desbarros de la poesia difirámbica, le penetró de un temor servil de los dioses; y cargando su culto de un monton de prácticas religiosas, recorria la Grecia para hacerse iniciar en los misterios. Pero su filosofia que le tranquilizaba en cuanto á los desórdenes

del universo, cedió á una injusticia, de que fué víctima. Un amigo suyo se negó á devolverle un depósito con juramento hecho delante de los altares. El silencio de los dioses sobre este perjurio, y tambien el que guardaban sobre las crueldades cometidas por los Atenienses en la isla de Melos, dejó maravillado al filósofo, y le precipitó desde el fanatismo de la supersticion en el del ateismo. Sublevó los sacerdotes, divulgando en sus discursos y en sus escritos los secretos de los misterios; al pueblo, rompiendo las estatuas de los dioses; y á toda la Grecia, negando abiertamente su existencia. Levantóse contra él un grito general, y su nombre llegó á ser una injuria. Los magistrados de Atenas le citaron á su tribunal, y le persiguieron de ciudad en ciudad: se prometió un talento á los que entregasen su cabeza, y dos á los que le presentasen vivo; y para perpetuar la memoria de este decreto, se grabó en una columna de bronce. No hallando Diágoras asilo en Grecia, se embarcó, y pereció en un naufragio.

Recorriendo la vista una pradera, no descubre ni la planta nociva, que mezcla su veneno

* Un día estaba en una posada, y no hallando leña, echó al fuego una estatua de Hércules; y aludiendo á los doce trabajos de este heroe, decía: todavía te queda el décimotercio, que es el cocer mi comida.

entre las flores, ni la flor modesta, que se esconde bajo la yerba. Del mismo modo, describiendo las regiones, que forman una corona al rededor de Delos, no debo hablaros, ni de los escollos sembrados en sus intervalos, ni de muchas isletas, cuyo brillo no sirve sino para adornar el fondo de la pintura que se ofrece á vuestras miradas.

El mar separa estos pueblos, y el placer los reúne: tienen fiestas, que les son comunes, y los juntan, ya en una parte, ya en otra; pero desaparecen cuando empiezan nuestras solemnidades. No de otra suerte, segun Homero, suspenden los dioses sus profundas deliberaciones, y se alzan de su trono cuando se presenta Apolo en medio de ellos. Los templos inmediatos van á quedar desiertos: las divinidades que se adoran en ellos, permiten traer á Delos el incienso que se les destinaba, cuyo glorioso empleo se encarga á las diputaciones solemnes, conocidas con el nombre de *Teorias*, las que traen consigo coros de mancebos y doncellas. Estos coros son el triunfo de la hermosura, y el adorno principal de nuestras fiestas. Vienen de las costas de Asia, de las islas del mar Egeo, del continente de la Grecia, y de las regiones mas remotas. Llegan al son de los instrumentos, á la voz de los placeres, con todo el aparato del gusto y de la magnificencia: los barcos donde vienen están cubiertos de flores; los que los dirigen coro-

nan con ellas su frente; y su alegría es tanto mas expresiva, quanto es para ellos una cosa religiosa olvidar las desazones ó cuidados que podrían extinguirla ó alterarla.

Al acabar Filocles su relacion, se mudaba la escena á cada momento, y se hermoseaba cada vez mas. Ya habian salido de los puertos de Micono y de Renea los barcos que conducian á Delos las ofrendas; mas lejos se descubrian otras flotas, y eran infinitas las naves de toda especie que andaban volando por la superficie del mar, y relucian con mil diversos colores: veiamos como salian de los canales que separan las islas, cruzarse, seguirse y reunirse: hinchaba las velas teñidas de púrpura un viento fresco, y al golpe de los remos dorados se cubrian las ondas de una espuma, que penetraban con su fuego los primeros rayos del sol.

Mas abajo, al pie de la montaña, inundaba la llanura una multitud inmensa, cuyas filas cerradas formaban ondas acá y allá, como la mies agitada por el viento; y del alborozo que la animaba, se formaba un rumor vago y confuso, que sobrenadaba, por decirlo así, sobre este vasto cuerpo.

Conmovida fuertemente nuestra alma con este espectáculo, no podia saciarse de él, cuando unos torbellinos de humo cubrieron la cima del templo, y se levantaron por los aires. Ya va á

empezar la fiesta, nos dijo Filocles: ya arde el incienso sobre el altar. Al momento en la ciudad, en el campo, en la ribera clamaron todos: la fiesta empieza; vamos al templo.

Hallamos en él las doncellas de Delos coronadas de flores, vestidas ricamente, y adornadas con todos los atractivos de la juventud y de la belleza. Ismena, á su frente, ejecutó el baile de las desgracias de Latona, y nos hizo ver lo que le habiamos oido el dia anterior. Sus compañeras concertaban con sus pasos los sonos de sus voces y de sus liras; pero todos estaban insensibles á sus consonancias, y ellas mismas las suspendian para admirar á Ismena.

Algunas veces huía de la ira de Juno, y entonces apenas tocaba la tierra; otras se quedaba inmóvil, y su reposo pintaba todavía mejor la turbacion de su alma. Teágenes, disfrazado en la figura de Marte, debía alejar con sus amenazas á Latona, de las márgenes del Peneo: pero cuando vió á Ismena á sus pies tenderle las manos para suplicarle, no tuvo fuerza mas que para apartar los ojos; é Ismena, herida con esta apariencia de rigor, cayó desmayada entre los brazos de sus criadas.

Todos los asistentes se enternecieron, mas no se interrumpió el orden de las ceremonias; en el mismo instante se oyó un coro de mancebos, á quienes se hubiera tenido por hijos de la Aurora,

pues que tenían su frescura y brillo. Mientras cantaban un himno en honor de Diana, las doncellas de Delos ejecutaban danzas vivas y ligeras: los sonos que arreglaban sus pasos, llenaban su alma de una dulce embriaguez; tenían en sus manos guirnaldas de flores, y las colgaban con mano trémula á una antigua estatua de Venus, que Ariadna trajo de Creta, y consagró Teseo en este templo.

Oímos en aquel instante otros conciertos, y eran las teorías de las islas de Renea, y de Miconne, que aguardaban en el pórtico el momento en que se las podría introducir en el lugar santo. Al verlas, nos pareció ver las Horas y las Estaciones á la puerta del palacio del Sol.

Vimos bajar á la ribera las teorías de Ceos y de Andros. Al verlas se hubiera dicho que las Gracias y los amores, venian á establecer su imperio en una de las islas Fortunadas.

De todas partes llegaban diputaciones solemnes, que hacían resonar los aires con cánticos sagrados. Arreglaban en la misma ribera el orden de marcha, y se enderezaban lentamente hácia el templo, entre las aclamaciones de un pueblo que hervía al rededor de ellas. Presentaban al dios, juntamente con sus homenajes, las primicias de los frutos de la tierra. Estas ceremonias iban acompañadas, como todas las que se celebran en Delos, con danzas, cánticos y concier-

tos. Al salir del templo, las teorías las llevaban á ciertas casas, que estaban mantenidas á expensas de las ciudades, cuyas ofrendas llevaban.

Los poetas mas distinguidos de nuestro tiempo, habian compuesto himnos para la fiesta; pero sus esfuerzos no borraban la gloria de los grandes hombres que las habian celebrado antes de ellos; y parecia que se estaba en presencia de sus genios. Aquí se oían los cánticos armoniosos de aquel Olen de Licia, uno de los primeros que consagraron la poesia al culto de los dioses: allí los sonos afectuosos de Simónides: mas allá los seductores versos de Baquilides, ó los raptos fogosos de Pindaro; y en medio de estos sublimes acentos, sobresalía la voz de Homero, y se oía con respeto.

A este tiempo se divisaba á lo lejos la teoría de los Atenienses. Semejantes á las Nereidas cuando siguen sobre las aguas el carro de la soberana de los mares, andaba al rededor de la galera sagrada una multitud de barcos ligeros. Sus velas, mas blancas que la nieve, resplandecian, como los cisnes cuando agitan sus alas sobre las aguas del Caistro y del Meandro. A su vista, los ancianos que habian ido con trabajo hasta la ribera, echaban menos con sentimiento el tiempo de su mas tierna infancia, aquel tiempo en que Nicias, general de los Atenienses, vino encargado de la teoría. En lugar de traerla á

Delos, nos decian, la llevó secretamente á la isla de Renea, que veis allí, donde se empleó toda la noche en construir sobre este canal un puente, cuyos materiales estaban preparados mucho tiempo antes, y adornados con oro y colores, sin que faltase mas que reunirlos. Tenia el puente cerca de cuatro estadios de largo*: cubriéronle con tapices soberbios, y le adornaron con guirnaldas; y al dia siguiente, al salir la aurora, pasó el mar la teoría, no como el ejército de Xerxes para destruir las naciones, sino para traerle los placeres; y á fin de darle á probar las primicias de ello, estuvo largo tiempo detenida sobre las aguas, cantando canciones, y ofreciendo á los ojos de todos un espectáculo, que el sol no volverá á alumbrar.

La diputacion que nosotros vimos llegar, estaba casi toda compuesta de las mas antiguas familias de la república. Componiase de varios ciudadanos, que tomaban el título de Teoros*: de dos coros, uno de mancebos, y otro de doncellas, para cantar y bailar; de algunos magistrados con el encargo de cobrar los tributos, y cuidar de lo que necesitase la teoría; y de diez

* Cerca de trescientas setenta y ocho toesas (441 brazas de España.)

** Teoro, embajador sagrado, y encargado de ofrecer sacrificios á nombre de una ciudad.

inspectores sacados por suerte, que debian presidir á los sacrificios; porque los Atenienses han usurpado la intendencia de ellos, y en vano reclaman los sacerdotes y magistrados de Delos los derechos que no pueden defender por la fuerza.

Esta teoría se presentó con todo el aparato que se podia esperar de una ciudad donde es excesivo el lujo. Presentada ante el dios, ofreció una corona de oro, del valor de mil y quinientas dracmas*; y á poco se oyeron los bramidos de los bueyes, que espiraban bajo las cuchillas de los sacerdotes. A este sacrificio se siguió una danza en que los Atenienses representaron las corridas y movimientos de la isla de Delos, cuando rodaba sobre las llanuras del mar al arbitrio de los vientos. Apenas se acabó, cuando se mezclaron con ellos los mancebos de Delos, para figurar las vueltas y revueltas del laberinto de Creta, á ejemplo de Teseo, quien despues de la victoria del Minotauro, ejecutó esta danza cerca del altar. Se dió por premio á los que sobresalieron, ricas tripodes, que los premiados consagraron al dios; y su nombre fué proclamado por dos heraldos que venian con la teoría.

Cuesta á la república mas de cuatro talentos el premio que se da á los vencedores, los pre-

* Mil trescientas cincuenta libras (3,029 rs. vn.).

sentos y sacrificios ofrecidos al dios, y el viage y mantenimiento de la teoría. El templo posee, ya en las islas de Renea y Delos, ya en el continente de la Grecia, bosques, casas, fábricas de cobre y baños, que le ha legado la piedad de los pueblos. Esta es la fuente primera de sus riquezas: la segunda es el interes de las sumas que provienen de estas diferentes posesiones, las que, despues de amontonadas en el tesoro del Artemisio *, se imponen en particulares, ó en las ciudades inmediatas. Estos dos objetos principales, juntos á las multas por crimen de impiedad, aplicadas siempre al templo, forman, al cabo de cuatro años, un fondo de cerca de veinte talentos **, que los tres anfictiones ó tesoreros nombrados por el senado de Atenas, están encargados de recoger, y de los cuales sacan parte de los gastos de la teoría ***.

* Capilla dedicada á Diana.

** Cerca de ciento y ocho mil libras (mas de 400,000 rs. vn.)

*** En 1759, el conde de Sandwich trajo de Atenas á Londres un marmol. en que estaba grabada una larga inscripcion, y contiene el estado de las sumas que debian al templo de Delos, ya algunos particulares, ya ciudades enteras. En ella se especifican las sumas cobradas y las no cobradas: se notan tambien los gastos de la teoría ó diputacion de Atenas; á saber, por la corona de oro ofrecida al dios, comprendido el trabajo, mil y quinientas dracmas; mil trescientas cincuenta libras; (3,029 rs., 14 mrs. vn.) por las tripodes dadas á los vencedores, incluso el trabajo, mil dracmas: novecientas libras, (3,532 rs., 52 mrs. vn.) para los arquiteoros, un

Luego que esta dió fin á las ceremonias que la habian traído á los pies de los altares, nos llevaron á un banquete que el senado de Delos daba á los ciudadanos de esta isla. Estaban todos sentados confusamente á las márgenes del Inopo, debajo de los árboles, que formaban bóveda. Entregadas con ansia todas las almas al placer, procuraban desahogarse con mil expresiones diferentes, y nos comunicaban los afectos que las hacian felices. Reinaba bajo aquel espeso ramage una alegría pura, bulliciosa y universal; y cuando el vino de Naxos saltaba en las copas, todo celebraba con voces el nombre de Nicias, que fué el primero que reunió el pueblo en aquellos sitios deliciosos, y señaló fondos para eternizar este beneficio.

Se destinó lo restante del dia para otro género de espectáculos. Voces admirables se disputaron el premio de la música; y brazos armados con el cesto, el de la lucha. El pugilato, el salto, la

talento: cinco mil cuatrocientas libras, (20,117 rs., 22 mrs. vn.) para el capitán de la galera que condujo la teoría, siete mil dracmas: seis mil y trescientas libras, (23,470 rs., 20 mrs. vn.); para la compra de ciento y nueve bueyes destinados á los sacrificios, ocho mil cuatrocientas quince dracmas; siete mil quinientas setenta y tres libras y diez sueldos, (28,215 rs. vn.) etc. etc. Esta inscripcion ilustrada por M. Taylor, y por el P. Corsini es del año 373 ó 372 antes de J. C. y anterior al viage de Anacarsis á Delos treinta y dos años solamente.

carrera de á pie, fijaron sucesivamente nuestra atención, y nos recordaron lo que algunos años antes habíamos visto en los juegos olímpicos*. Hacia la extremidad meridional de la isla estaba trazado un Estadio ó circo, al rededor del cual estaban puestos con orden los diputados de Atenas, el senado de Delos, y todas las teorías, adornados con ricas vestiduras. Aquella juventud brillante era la mas fiel imagen de los dioses reunidos en el Olimpo. Salieron á la liza caballos fogosos conducidos por Teágenes y sus rivales, la corrieron muchas veces, y balancearon por largo rato la victoria; pero, semejante al dios, que despues de haber desembarazado su carro de entre las nubes, le precipita repentinamente en el occidente, sale Teágenes como el rayo de en medio de sus competidores, y llega al fin de la carrera en el mismo punto en que el sol terminaba la suya. Fué coronado á vista de una muchedumbre de espectadores amontonados sobre las alturas inmediatas, á vista de casi todas las hermosuras de la Grecia, á la de Ismena, cuyas miradas le lisonjaban mas que las de los hombres y las de los dioses.

Al día siguiente se celebró el nacimiento de Apolo**. Entre los bailes que se ejecutaron, vi-

* Véase el capítulo xxxviii de esta obra.

** El 7 del mes targelion, que corresponde al 9 de mayo.

mos unos marineros que danzaban al rededor del altar, y le daban fuertes latigazos. Despues de esta ceremonia extravagante, cuyo sentido misterioso no pudimos penetrar, se propusieron figurar los juegos inocentes en que se entretenia el dios en su infancia; para lo cual era preciso, danzando con los brazos atados atras, morder la corteza de un olivo, que ha consagrado la religion. Sus caidas frecuentes, y sus pasos irregulares, excitaban en los asistentes tan excesiva alegría, que parecia indecente; pero ellos decian que no se ultrajaba con ella la santidad de las ceremonias. En efecto, los Griegos están persuadidos á que se debe desterrar cuanto se pueda la tristeza y las lágrimas del culto que damos á los dioses; y de aquí viene que en ciertos lugares se permite á los hombres y á las mugeres que delante de los altares se digan unos á otros chistes y burlas, cuya licencia y groseria no se corrige.

Estos marineros eran del número de los muchos mercaderes extranjeros que la situacion de la isla, las franquicias de que goza, la vigilante atención de los Atenienses, y la celebridad de las fiestas atraen á Delos. Venian á cambiar sus riquezas particulares por el trigo, vino y géneros de las islas vecinas; las cambiaban por las túnicas de lino, teñidas de encarnado, que se hacen en la isla de Amorgos; por las ricas

telas de púrpura que se hacen en Cos; por el alumbre tan afamado de Melos; por el cobre precioso que desde tiempo inmemorial se saca de las minas de Delos, y el arte industrioso convierte en vasos elegantes. La isla habia llegado á ser como el depósito de los tesoros de las naciones; y cerca del parage donde aquellos estaban amontonados, los habitantes de Delos, obligados por una ley expresa á dar agua á toda la multitud, presentaban sobre largas mesas, tortas y manjares preparados apresuradamente*.

Yo estudiaba con placer las diversas pasiones que la opulencia y la necesidad producen en lugares tan inmediatos, y no creia que hubiese objetos pequeños en la naturaleza para un espíritu atento. Los Delios son los primeros que hallaron el secreto de cebar las aves, de lo que sacan un producto muy considerable. Vi algunos de ellos que puestos en tablados, y mostrando al pueblo unos huevos que tenian en las manos, distinguian en su figura las gallinas que los habian puesto. Apenas habia puesto los ojos en esta escena singular, cuando sentí que me agarraba un brazo vigoroso; y era un sofista de Atenas, con quien yo habia tratado. ¡Y qué! me

* Se ve en Ateneo, que durante las fiestas de Delos, se vendia en el mercado cordero, cerdo, pesca, y tortas con comino, especie de grano semejante al de hinojo.

dijo; Anacarsis, ¿son dignos de un filósofo estos objetos? Ven: los momentos de tu vida deben emplearse en cuidados mas nobles, y en especulaciones mas altas. Diciendo esto, me llevó á una altura, donde otros sofistas agitaban con furor las sutilezas de la escuela de Megara. El fogoso Eubúlides de Mileto, á quien habiamos visto en otro tiempo en Megara*, estaba al frente de ellos, y acababa de lanzarles este argumento: «no hay en Atenas lo que hay en Megara; es así que en Megara hay hombres, luego no hay hombres en Atenas.» Mientras los que oian se fatigaban inútilmente en resolver esta dificultad, los gritos repentinos nos anunciaron la llegada de la teoría de los Tenios, que ademas de sus ofrendas, traian tambien las de los Hiperboreos.

Este último pueblo, que habita hácia el norte de la Grecia, honra especialmente á Apolo, y todavia se ven en Delos los sepulcros de dos sacerdotisas suyas, que vinieron en otro tiempo á añadir nuevos ritos al culto de este dios. Tambien se conservan en un edificio consagrado á Diana, las cenizas de los últimos teoros que los Hiperboreos enviaron á esta isla, y murieron desgraciadamente, desde cuyo acaecimiento se contenta este pueblo con enviar, por medio de otros, las primicias de sus cosechas. Una tribu

* Vease el capítulo xxxvii de esta obra.

inmediata á los Escitas las recibe de sus manos, y las trasmite á otras naciones, que las traen á las costas del mar Adriático; desde donde bajan á Epiro, atraviesan la Grecia, llegan á la Eubea, y son conducidas á Tenos.

A vista de estas ofrendas sagradas se hablaba de las maravillas que se refieren del pais de los Hiperboreos. Allí es donde reinan continuamente la primavera, la juventud y la salud; allí es donde por diez siglos enteros se pasan dias serenos en diversiones y en placeres. Pero esta feliz region está situada á las extremidades de la tierra, como el jardín de las Hespérides ocupa la otra extremidad; y así es como nunca han sabido los hombres colocar la mansion de la bienaventuranza, sino en sitios inaccesibles.

Mientras la imaginacion de los Griegos se encendia con la relacion de estas ficciones, observaba yo aquella multitud de mástiles que se levantaban en el puerto de Delos. Las flotas de los teoros presentaban sus proas á la ribera; y estas proas hermosas por el arte, tenían los atributos propios de cada nacion. Las Nereidas caracterizaban las de los Ptíotes: sobre la galera de Atenas, se veía un carro brillante conducido por Palas, y sobre los barcos beocios la figura de Cadmo, armado con una serpiente. Daban la vela algunas de estas flotas; pero las bellezas que llevaban á su patria eran reemplazadas lue-

go por otras nuevas, al modo que en el discurso de una noche larga y tranquila, se ven los astros perderse en el ocaso al paso que se levantan otros por el oriente para repoblar los cielos.

Duraron las fiestas muchos dias, y se repitieron frecuentemente las corridas de caballos: vimos muchas veces los buzos, tan afamados de Delos, precipitarse en el mar, detenerse en sus abismos, ó descansar en su superficie, representar combates, y calificar con su destreza, la reputacion que se habian adquirido.

